arzobispo de Tolosa; Sr. de Quélen, arzobispo de París, los cuales pidieron al Soberano Pontífice tuviese á bien conceder la introducción de la Causa de la M. de Lestonnac y proceder á la beatificación de la veneranda Fundadora de la Orden de Nuestra Señora. Esta petición fué también firmada por el señor arzobispo de Albí y señores obispos de Pamiers, de Frejus, de Agen y de Aire.

XLIV

Dos cosas turbaban el ánimo de la intrépida M. Teresa Duterrail, referentes á los asuntos de canonización: temía que la inacción de la Orden, luego del fallecimiento de la Fundadora, produjese en la Corte de Roma cierta prevención peligrosa y desfavorable para el buen procedimiento de la Causa, y asimismo temía muchísimo la larga duración que ordinariamente siguen estos asuntos de la Curia romana. ¿Dónde encontrar una persona que estuviese bien informada de la vida de la M. de Lestonnac y de los hechos de la Orden de Nuestra Señora, para responder á las dificultades que pudieran oponerse y que, muy penetrada de la santidad de la Sierva del

Señor, fuese apta para comunicar á los demás sus propias y piadosas convicciones? Ella sola se sentía con ánimo esforzado para sobreponerse á cuantos obstáculos se presentasen, y S. E. el Cardenal arzobispo de Tolosa era del mismo parecer.

En 10 Agosto del año 1827 escribía la M. Duterrail á la M. Bonneau, priora de Poitiers: «Yo partiré para Roma, si su eminencia me lo permite, con la idea de activar el asunto y ponerlo en buena marcha. Si no pudiese terminarlo, á lo menos me quedaría la satisfacción de no haber descuidado cosa alguna para realizar mi vehemente deseo. A mí no me queda más sino humillarme, pensando que siendo la más indigna y ruin Hija de Nuestra Señora, se me haya encargado semejante empresa; pero cuando más vil sea el instrumento, mucho más resplandecerá la gloria del Señor. Esta convicción fomenta, anima y sostiene mis débiles esfuerzos.

«He escrito al muy reverendo Padre General de la Compañía de Jesús pidiéndole su mediación. Todas las diligencias que he hecho en Burdeos han sido dirigidas por los Jesuitas. Estoy sumamente agradecida al R. P. Maillard.»

Partió para Roma la M. Duterrail el

día 23 de Octubre, acompañada de la Madre Lavedan, una Hermana tornera y el Sr. Bella-garriga, persona de alta recomendación y muy afecta á la misión que les llevaba á la Corte romana, á donde llegaron el 13 de Noviembre. Usó la M. Duterrail, desde luego, de las muchas recomendaciones que se procuró para el Papa y varios Cardenales, para el Embajador de Francia y otras personas distinguidas é influyentes que pudieran servirle en tales circunstancias. En fecha 15 de Noviembre escribía la M. Duterrail: «Llegamos anteayer á Roma. He visto al buen P. Mondenart y al P. Rozaven, asistente de la Compañía.» La M. de Lavedan añade: «Conocemos al R. P. Rozaven, asistente general de los Jesuitas, para quien llevamos una carta. Mucho nos alegramos, porque se nos ha demostrado muy afecto y se interesa muchísimo por nuestro asunto: á él se lo confiamos muy en particular.»

Pocos días después de su llegada á Roma, visitaron las dos Hijas de Nuestra Señora al cardenal Isoard y le pidieron, según el consejo del R. P. Rozaven, quisiere ser el ponente ó portador de la Causa. Su eminencia lo aceptó, y enterándose minuciosamente del asunto, reconoció alguna

dificultad, principalmente por el largo espacio que medió desde la muerte de la M. de Lestonnac hasta la demanda de su beatifición, y en segundo lugar por carecer de algunos documentos auténticos, y dijo: «Será preciso recurrir al Santo Padre y obtener una dispensa para poder pasar adelante; pero esta dispensa no es difícil de obtener. Yo pondré todo mi empeño en evitar los impedimentos que pudieran suscitarse.»

Visitaron asimismo las mencionadas Religiosas á los principales personajes de la sagrada Congregación de Ritos, á quienes encontraron muy bien dispuestos para alcanzar el fin que se proponían. Desde luego se nombró al Sr. Rosalini para abogado de la Causa, y para postulador de la misma al P. Francisco Orioli, Religioso Mínimo conventual. El P. Rozaven se ofreció á traducir los documentos, á fin de economizar gastos.

Faltaba el último paso, el más importante y difícil á la vez, cual era visitar á Su Santidad, é interesarle á favor de la Causa. Intervino el Embajador de Francia, y obtuvo del Papa León XII una audiencia para las Religiosas de Tolosa, cuya audiencia la M. Duterail, en fecha 10 de Ene-

ro del año 1828, cuenta de la manera siguiente: «Mis muy queridas Madres y Hermanas: Por aguinaldo de año nuevo os envío la bendición apostólica, que le pedí al Sumo Pontífice para todas vosotras el día de Reyes, en que nos recibió en audiencia con suma bondad. La M. de Lavedan le besó el pie y la mano; yo le he besado tres veces la mano y una el anillo. Aunque estaba muy conmovida, con todo le he hablado á Su Santidad con entera libertad y sencillez del asunto que me llevaba á sus piés, para cuya solución hay grandes dificultades que solventar y muchas formalidades que cumplir. Con todo, el Papa nos ha prometido que dispensaría todo lo que no estuviese en lucha con las leyes prescritas por la Santa Sede en asuntos semejantes...»

XLV

Muchas dificultades se acumularon de día en día, en el transcurso de seis años que se tardó en introducir la Causa de la sierva del Señor la M. de Lestonnac. En este período de ansiedades murió el Papa León XII, y su sucesor el Pontífice Pío octavo no dejó de mostrarse, como su antecesor, muy favorable á las Hijas de Nuestra Señora, dignándose escribir á la M. Duterrail una carta, en la que, con expresiones de bondad y mucho interés, procuraba disipar sus inquietudes, y reanimar la esperanza de ver pronto colmados sus deseos.

Entre tanto el P. Orioli fué nombrado obispo de Orvieto, y hubo de renunciar el cargo de postulador. En su sustitución designó la M. Duterrail á un sacerdote francés, el abate Trinchant, al cual propuso y ponderó cuanto pudo la estima y alta convicción de santidad que ella sentía por la M. de Lestonnac, lo mismo que el celo ardiente que la animaba de procurar su glorificación en la tierra.

Con el impulso que dió á la Causa el nuevo postulador, se reanimó entre las Hijas de Nuestra Señora la dulce esperanza de llegar, dentro un plazo no lejano, al término de sus deseos, pero la buena Madre Duterrail no pudo gozar en la tierra del fruto de sus grandes trabajos, pues murió en Roma el día 19 de Julio del año 1834, siendo superiora de la Casa que ella había fundado en aquella Ciudad de los Papas.

La R. M. Bernard, como superiora de la primera Casa de la Orden, procuró que se continuase en Roma la Causa de la Ma-

dre Fundadora, que bajo la admirable actividad de la M. Duterrail estaba en muy buena marcha. Grande fué el consuelo que experimentó la M. Bernard y la Orden entera al recibir la noticia del feliz resultado de la Congregación, celebrada el día 6 de Septiembre del año 1834, y en la que el Papa Gregorio XVI señaló el día 19 del mismo mes y año para la solemne introducción de la Causa de beatificación de la sierva del Señor Juana de Lestonnac, fundadora de las Religiosas Hijas de Nuestra Señora, concediéndole el título de Venerable.

A este propósito escribía el postulador Sr. Trinchant: «Los votos de muchos é ilustres Prelados de la Iglesia de Francia han sido atendidos. Sí; tengo el honor de remitiros el Decreto de Su Santidad relativo á la introducción de beatificación que promuevo y doy curso en la Curia romana. El Decreto se ha fijado en las Basílicas de Roma, y á la vez podríanse fijar en las principales iglesias de Francia.

«Este Decreto, que otorga la Santa Sede á la introducción de la Causa de la Sierva de Dios, concediéndola á demás el título de Venerable, equivale á decir que autoriza los procedimientos ulteriores, los

que tendrán por objeto hacer constar la heroicidad de las virtudes que ella practicó, y comprobar los milagros que se atribuyen á su intercesión.»

XLVI

Murió el postulador Sr. Trinchant, y le sucedió el Rdo. P. Vaurés, el cual no pudo ver en el curso de la santa Causa fechas halagüeñas, como su antecesor, antes al contrario, experimentó los tristes efectos de la desolación que promovió el demonio, envidioso de la gloria que de la ilustre Sierva resultara á Dios, pues que el año 1845 la Sagrada Congregación de Ritos declaró suspensa la Causa de la M. Juana de Lestonnac.

Mas el Señor, muy celoso de la glorificación de su fiel Sierva, suscitó el ánimo esforzado del Sr. Estrade, canónigo y Capellán de la Comunidad de Tolosa, y en el año 1852 se ofreció gustoso para reanudar la Causa de beatificación de la Madre de Lestonnac.

La Casa de Burdeos no se hallaba el año 1853 en disposición de tomar á su cargo un asunto tan importante, y debióse designar, provisionalmente, la Casa de Poi-

tiers, como la central de toda la Orden. Entonces fué cuando la M. de Cluzel, superiora de la Casa de Roma, escribió á la M. de Rivaud, superiora de la Casa de Poitiers, suplicándola que se sirviese tomar á su cargo la Causa de nuestra Venerable, á cuyas instancias se juntaron las de la Madre Bruncan, superiora de la Comunidad de Tolosa.

Desde esta fecha quedó al cuidado de la Casa de Poitiers la Causa de la Beata Juana de Lestonnac. Cuando el año 1883 falleció la M. de Rivaud y la sucedió en el cargo de superiora la M. Nicolás, ésta se apresuró á instar á la R. M. Forneron, superiora de la Casa de Burdeos, aceptase el cargo de la santa Causa, que correspondía á la primera Casa de la Orden, y en contestación le escribió la M. Forneron en fecha 28 Octubre del mismo año 1883: «Estoy complacidísima en poderos manifestar la adhesión unánime de nuestras Comunidades de Francia, Italia y España, á esa querida Casa de Poitiers. Las reverendas Madres me manifiestan la gran confianza que les inspira la sabia dirección, el celo y el grande interés con que vos os empleáis en trabajar para el buen resultado

de la Causa de nuestra bienaventurada Fundadora.»

Con excelentes resultados proseguía la marcha de una Causa tan grave como delicada, y en Noviembre del año 1863 falleció el postulador Sr. Estrade, á consecuencia de un fulminante ataque de apoplejía. Muy sentida fué de las Hijas de Nuestra Señora la muerte de una persona tan benemérita, á quien toda la Orden estimaba por uno de los más insignes bienhechores.

Después del Sr. Estrade ejerció el cargo de postulador el Sr. Gallot, el cual en 1875 fué reemplazado por el R. P. Virili, de la Congregación de la Preciosa Sangre, hombre activo, celoso y muy experimentado en esta clase de asuntos. En contestación á la Madre de Rivaud, le decía: «Estoy muy contento de suceder al Sr. Gallot en el cargo de postulador de la Causa de la Venerable M. Juana de Lestonnac; conozco la Causa desde la época que andaba entre las manos del Sr. Estrade. Por lo tanto yo os aseguro, reverenda Madre, que haré todo lo que pueda, para ponerla en buen camino, pues tengo mucha confianza en un pronto y feliz resultado.